



Cuentos infantiles cubanos

"El duende del jardín"

El duende se escondió en el fondo del jardín. Desde allí veía cómo Luisín corría entre los rosales, persiguiendo mariposas, lagartijas y lentas babosas.

De pronto el niño vio una lagartija que tomaba el sol sobre una piedra, la agarró por la cola y la zarandeó; mientras la infeliz pataleaba sin cesar.

Aburrido de su hazaña, lanzó a la verde cautiva por sobre el muro y ésta al caer, se alejó cojeando.

Después el pequeño comenzó a deshojar con su espada los rosales, los rojos príncipes negros lloraban desconsolados su final. Por suerte la madre de Luisín se asomó a la puerta y lo llamó a comer. Ya estaba atardeciendo.

La casona fue quedando en silencio, las puertas y ventanas se cerraron, todos fueron a descansar. Hasta el terrible muchacho. El jardín respiró tranquilo, aunque temían cómo sería el siguiente día.

Comenzaron a bajar cocuyos, las luciérnagas encendieron sus lamparitas entre los arbustos; entonces salió el duende de su escondite para conversar con las habitantes del lugar.

El duende es pequeño, viejo, muy viejo, tan viejo como el mundo, de ojillos muy negros y barba blanca como algodón, fuma una antigua pipa de espuma de mar, regalo del Rey Neptuno. Es muy sabio y ama la paz.

Conversaron toda la madrugada en voz baja, casi en un susurro, lagartijas, babosas, rosales y mariposas con el anciano duende, que enviaba volutas de humo a las estrellas para engancharlas en sus puntas, mientras pensaba. Sólo él conocía el plan a seguir.

A la mañana siguiente salió Luisín al portal, asombrado miraba al jardín y no podía creer lo que estaba viendo.

Un cocodrilo lo observaba sonriendo misterioso, con intenciones de agarrarlo por una pierna y lanzarlo por sobre el muro, como el acostumbraba hacerle a las lagartijas.

Muchos príncipes de negra piel y vistosos trajes verdes repletos de espinas estaban ansiosos por pincharlo con sus lanzas, mientras unas mariposas enormes revoloteaban sobre su cabeza, amenazadoras.

El niño salió corriendo para la casona. Al poco rato regresó acompañado de su mamá; pero cuando llegaron al portal todo estaba igual que siempre.

Las mariposas multicolores volaban sobre los rosales y una pequeña lagartija muy verde dormitaba al sol de la mañana. Sacó varias veces su rojo pañolón, en señal de triunfo.

El payaso del arcoiris

En el bosque vivía un payaso gris, triste y aburrido que no sabía ni sonreír, por eso no tenía amigos. Por suerte, una tarde de mayo decidió bañarse en el aguacero y el arcoiris quiso regalarle sus colores.

Después del sabroso chaparrón, se sentó junto al río a secarse al sol. Tenía el pelo rojo, el cuerpo azul celeste, los zapatos morados, los guai tes verdes, los botones naranja, los ojos azul intenso y la punta de la nariz amarilla.

Al mirarse de pasada, en la tranquila corriente del agua y verse tan colorido, le dio risa y se tiró en la hierba a revolcarse, se sentía tan feliz que asombró a los conejos grises, éstos que visten con mucha elegancia.

Para jugar con ellos les lanzó una gotas de colores que aún le chorreaban, unos se volvieron rojo con la naricita azul, otros verdes con las orejas anaranjadas y sin darse cuenta perdieron la seriedad.

Y se fueron por el bosque entre risas y colorines chillones.

Poco a poco el payaso fue pintando a los animales del bosque que pasaban por su lado, de pronto todo se transformó en un arcoiris viviente, que saltaba, brincaba, corría y alborotaba la quietud de la vieja arboleda.

Dejó de ser gris, triste y aburrido payaso, ya no andaba solo, sino acompañado de muchos amigos que reían con él su propia alegría.

El bosque ya no era un lugar silencioso y tranquilo, los conejos perdieron su seriedad y hasta la señora lechuza, siempre tristonja y cabizbaja, reía sin cesar, con su nuevo traje verde y los zapatos morados que le regaló el payaso del arcoiris.

La tonadilla

En una ciudad olvidada vivió un avaricioso rey quien se había hecho construir un palacio en la cima de la montaña Aydín, muy cerca de la isla de Samos, con altas murallas, para no oír los lamentos de su pueblo de pescadores.

Cada mañana bajaban los soldados del rey a recoger el fruto de las pesquerías, echaban todo en una cesta de mimbre y, después de una larga noche de insomnio y esfuerzos, los pescadores se quedaban con las manos vacías. ¡Y pobre de aquel que no entregara todo lo pescado a los soldados del rey!

Lloraban los hombres pobres su desgracia sentados en el muelle cada mañana. Sus lágrimas corrían en el agua mansa del río y poco a poco se fueron uniendo, formando un hermoso pez dorado. Una noche un pez saltó de las aguas y con voz suave dijo a los pescadores: - ¡Desde mañana la corona no se llevará el esfuerzo de los pobres! - y desapareció en un remolino dulce de luz.

Los hombres se miraron entre sí, pensaron que aquel acertijo era delirio del hambre y la fatiga, y con lentos pasos se dirigieron a sus botes y se hicieron a la mar.

Toda la noche pescaron, sólo se escuchaba el ruido del sedal y el coleteo de los peces al subirlo a las barquillas. Al amanecer, regresaron, silenciosos al puerto, llevaban en los ojos un poquito de esperanza.

Y como siempre, llegaron los soldados con la cesta de mimbre y recogieron los pecadores; fue entonces cuando salió del agua el dorado pez y alzando su vocecilla dijo:

¡Que todos mis hermanos vuelvan a la mar y se conviertan en agua y sal!

La cesta se transformó en un colador enorme y los peces desaparecieron ante el asombro de los reales guardianes, quenes, por primera vez, regresaron a palacio con las manos vacías.

Cuando ya no se escuchaba el trotar de los caballos del rey, salió de nuevo el dorado pez de las aguas y dijo con voz suave:

¡Que todos mis hermanos regresen de la mar y dejen de ser agua y sal!

Las canastas de los pescadores nuevamente se llenaron. Asombrados, y sin ponerse de acuerdo comenzaron a entonar una antigua tonadilla que creían olvidada; pero que el pez les había devuelto.

LORENLEY REBULL LEON

Escritora cubana. Estos cuentos fueron especialmente enviados para El Duende.